

CAPITULO III

NOCHE DE ORIENTE

DELANTE del café de Sofía—que estaba cerrando porque iban a dar las diez y se había declarado el estado de sitio—, Marko el Valaco, corresponsal de la *Nouvelle Presse de Paris*, quiso detener a Rouletabille para preguntarle noticias; pero éste tenía prisa por volver a su casa, expedir el último despacho y acostarse en seguida para meditar acerca de las terribles historias de Ivana. ¡Pobre chical! ¡Pobre chical! Ahora, como si volviera a ver la cicatriz, le tenía lástima. ¡Amor!... ¡Amor!... En su casa, en un piso agregado al hotel del Danubio, en el salón transformado en unas verdaderas oficinas de Estado Mayor con mapas desplegados en las paredes y en las mesas y punzados por alfileres con cabeza de color, que representaban: unos el primer ejército, otros el segundo, otros el tercero y—todas las negras que estaban alrededor de Andrinópolis—el ejército turco; en aquel salón, repetimos, paseaba Rouletabille con las manos atrás, como Napoleón antes de una campaña.

Pero, en realidad, no pensaba más que en el amor y en cierta cicatriz de un hombro ambarino entrevista gra-

cias a un descote cuyo perfume aún le tenía embriagado. Rouletabille ni tan siquiera escuchaba los informes de La Candeur, su lugarteniente, por decirlo así, una especie de gigante que se trajo de París para las misiones de cuidado. Y, sin embargo, lo que decía La Candeur no dejaba de ser interesante.

—¡Ya se conoce el plan de los búlgaros, Rouletabille! Mueve los alfileres, muévelos. El primer ejército y el segundo van a descender por el curso del Maritza para atacar a Andrinópolis. El tercero sesgará hacia el Oeste de los dos primeros, bajará en seguida de Norte a Sur, se apoderará de la vía férrea y después tomará la ofensiva en el Este. El primer golpe será la toma de Andrinópolis. El generalísimo Savoff dice a quien quiere oírle que va a sacrificar cincuenta mil hombres para tomar Andrinópolis «a la japonesa».

—¿Eso dice?—acabó por exclamar Rouletabille.

Y añadió:

—¡Calla, badulaque! Si lo dice, es porque no lo va a hacer. Si fuera a hacerlo ¡no lo diría!... ¿Dices que ya se conoce el plan de los búlgaros?—rezongó el repórter con indiferencia—. ¡Bah! Eso significa que no es ése.

Y se detuvo ante un inmenso mapa de los Balkanes.

La Candeur, ofendido, replicó:

—Te advierto que no soy más badulaque que tú. Prueba que es verdad el hecho de que todos los oficiales hayan recibido órdenes en ese sentido...

—¿Quieres que te demuestre que no es verdad?—interrumpió Rouletabille—. ¡Escribel!

Y le dictó un despacho exponiendo el famoso plan de los búlgaros. Luego llamó a su criado, un francés, Modesto de nombre, ex camarero y muy buena persona, a quien ordenó que lo llevara a la censura.

—Pero ¿qué haces?—objetó La Candeur—. La censura termina a las diez.

—¡Bueno!... Mira, Modesto... Corre a casa del señor Franghia, que es un buen amigo mío, y vuelve aquí con el telegrama y el sello oficial, que es azul, ¿sabes?

—¡Franghia no aprobará eso!—dijo La Candeur.

—¡Ya lo veremos!

Y Rouletabille, pensativo, quedó otra vez delante del mapa.

—Te estás empeñando en buscar tres pies al gato—institió La Candeur—. ¡Los búlgaros han renunciado a ocultar su plan porque no pueden tener otro! ¡No pueden pasar más que por el valle del Maritza!

—Precisamente por eso—replicó Rouletabille—busco un sitio por donde no puedan pasar.

—¿Por qué?

—Porque por ahí pasarán.

—¿Te lo han dicho?—bromeó el bueno de La Candeur.

—¡No! Pero justamente porque no me lo han dicho, y porque nadie puede ni pensar en ello, se me ha ocurrido a mí...

—Tienes mucha intención... Pero ¡por mucho que miras!... Ni una buena carretera, ni una vía férrea... Al Este del Maritza no se puede hacer nada... ¿Las montañas de Viza y del Istrandja? ¡Son infranqueables!

Rouletabille, que había vuelto a su actitud napoleónica, contestó:

—Eso mismo dirían a Bonaparte la víspera del día en que atravesó el San Bernardo.

En aquel momento se abrió la puerta a impulsos de un joven extraordinariamente bello, pero que tenía trazas bastante remilgadas. Rouletabille había escogido a este

joven eslavo de Kiew como intérprete, en primer lugar, porque hablaba admirablemente varias lenguas, entre ellas los dialectos de los Balkanes y del Istrandja, y, además, porque era desenvuelto y no tenía escrúpulos. Le dejaría hacer lo que un repórter que se estime no puede hacer por sí mismo. ¡La guerra es la guerra! Por cierto que Vladimir aseguraba tener ocasiones especiales gracias a su buena amistad con una mujer del más gran mundo (como él decía), una princesa de cierta edad, pero muy rica y siempre vestida con suntuosas pieles, a la que el joven paseaba con un orgullo de pavo real por los cafés de segundo orden...

—¿Qué pasa, Vladimir Petrovitch? ¡Parece usted muy enfurecido!

Vladimir Petrovitch dejó el bastón y el sombrero, se quitó los guantes (¡qué elegancia la de Vladimir!) y dijo:

— ¡Estoy furioso porque he vuelto a encontrarme con ese granuja de Marko el Valaco, ese corresponsal de la *Nouvelle Presse de Paris*! Me sigue por todas partes para saber lo que voy a hacer, lo que voy a telegrafiar. ¡No se fíe de Marko el Valaco! Es un hombre sin escrúpulos y capaz de todo.

—¡Déjame estar de valacos!... ¿Qué te dije yo que hicieras?

—He intentado telegrafiar, como usted me indicó, a Jambol, a Straldja, a Kizil-Agatch. Pero ¡en vano! Todas las comunicaciones postales y telegráficas con el Este de Bulgaria están interrumpidas por orden del Gobierno.

Rouletabille dió una palmada y dejó oír un triunfante «¿Qué tal?» Luego, parado ante el mapa, dijo a La Candeur:

—¡Escribel... «Diario *Epoque*, París.—El plan adoptado por el Estado Mayor búlgaro no ha dejado de asombrar

a los que pensaban que no habría detención ante el obstáculo de Andrinópolis. Pero no hay más remedio que rendirse a la evidencia de las órdenes dadas ostensiblemente, sin lo cual la concentración de tropas, en vez de hacerse únicamente cerca del Maritza, como se confiesa ahora, tendría lugar en gran parte del Este búlgaro, como Stradjal, Jambol y Rizil-Agatch, tras los contrafuertes del Istrandja-Dagh, de donde el ejército búlgaro, bien disimulado, hubiera podido, por sorpresa, desembocar en Kirk-Kilissé...»

No había acabado Rouletabille de dictar su despacho, cuando entró de nuevo el criado.

—¿Qué hay, Modesto?

—Ya está aprobado el despacho, señorito.

—¡Ah!—exclamó Rouletabille—. Ya me figuraba yo que no les molestaría.

Se lo tomó de la mano y luego dió el segundo telegrama a Modesto con las mismas recomendaciones para el ministro.

—¿Cree usted—dijo Vladimir Petrovitch brillantándose las uñas—que el bueno del señor Franghia le va a permitir un telegrama que haga alusión a la verdad, aunque sólo sea en mínima parte?

—¡Ya supongo que no lo aprobará, ya!—contestó el repórter—. Por lo tanto, no saldrá el telegrama... Pero saldremos *nosotros*... ¿Comprendes, Vladimir Petrovich... de Kiew?... Y nos iremos a un país en que no nos expondremos a encontrar colegas...

Muy satisfecho de sí mismo, volvió a sumirse en el estudio de sus mapas...

—¿Quién le ha dado esas noticias?—preguntó Vladimir.

—¡Nadiel!—exclamó Rouletabille—. Eso de buscar no-

ticias queda para los compañeros. ¡Yo hago el reportaje *con ideas generales*. Y la verdad es que no hay nada como las ideas generales para estar bien informado.

—¡Hombrel! ¡Aquí tenemos un general!—prorrumpió La Candeur.

El general Poutilof, en efecto, hacía su entrada empujando a Modesto ante él y seguido de cuatro soldados con bayoneta calada.

—¡Caballeros!—anunció—. Quedan ustedes detenidos por orden superior... Que nadie salga de aquí. La orden se refiere a este muchacho y a estos dos caballeros. (Señalaba a Modesto, La Candeur y Vladimir.) En cuanto a usted, caballero (y señalaba a Rouletabille), haga el favor de seguirme a casa del general en jefe.

Aquellos jóvenes quedaron estupefactos. Pero antes de que tuvieran tiempo de protestar, dos soldados tomaban la consigna en el vestíbulo y los otros dos se llevaban a Rouletabille.

—¡Bueno! ¡Bueno! Les seguiré, pero no me cojan. (Y para su capote, añadió:) ¡Qué poco cómodo resulta el reportaje en este país! Menos mal que conozco su plan...

¿Le llevaban a casa del general en jefe? ¿Qué general en jefe? No se pasmó poco Rouletabille al ver que le llevaban al sitio de donde había salido antes. Vió, efectivamente, la calle de Moskowska y el jardín con la casona del general Vilitchkow, domicilio de Ivana. El primer piso aún estaba iluminado. Pero la velada tocaría ya a su fin.

Metieron al repórter en el pabellón del portero, cerca de la verja. Aquel pabellón no guardaba a su *schwitozar*. Era la cárcel provisional de Rouletabille.

—El general en jefe va a venir a verle en seguida—anunció el general Poutilof antes de cerrar la puerta, ante la cual dejó un centinela.

En la verja había otro centinela. Rouletabille, pues, estaba bien guardado.

Esperó. Transcurrió una hora. Se impacientó. Sentóse. Dormitaba ya, cuando se despertó sobresaltado. ¿Dónde se encontraba? Recordándose, por fin, de su extraña cautividad, corrió a la única ventana que daba al jardín y levantó la cortina.

Abajo no había luz... Pero ¿qué eran aquellas sombras que se deslizaban por el jardín al claro de luna? Parecían oficiales... ¿Y por qué se disimulaban así?... ¿Por qué caminaban encorvados?... De pronto, echaron a correr... Y penetraron en la casa como ladrones... Súbitamente se oyó un grito, ¡un grito de muerte! Rouletabille creyó reconocer la voz de Ivana. Sin razonar, abrió la ventana y saltó al jardín, no pensando en que podía ser fusilado a bocajarro por el centinela... Tropezó con un cuerpo... Se inclinó, palpó y hubo de retroceder... ¡Era el centinela, que yacía asesinado!... Y Rouletabille, con el corazón oprimido por un horrible presentimiento, se incorporó con decisión...

¿Pasaba alguna cosa lamentable? De todos modos, la alarma ya estaba dada, pues habían acudido oficiales. Rouletabille, con sus propios ojos, los había visto desaparecer en la casa. ¡Oh, que llegasen a tiempo! Saltó tras ellos, sin poder contener un ronco gemido, a través del jardín bañado de luna. Pensó en Ivana y en el terrible relato que le había hecho. Sin embargo, se esforzó en convencerse de que el grito que había oído poco antes no era un grito de mujer. ¡Ojalá! Porque si el grito había sido de ella, ahora quizá estaría muerta...

Cuando Rouletabille iba a trasponer el obscuro umbral de la casa, se encendió débil luz en una ventana, a la izquierda de la planta baja. Corrió a ella. Iba a saber

en seguida lo que pasaba. Miró. La ventana estaba entreabierta. Daba a una habitación de servicio, destartada, bastante sucia, provista, en el centro, de una chimenea elevada algunas pulgadas sobre el nivel del suelo. Cerca estaban alineados los botes de cobre que servían para el café. Eran esos detalles insignificantes que, en los minutos terribles de la vida, sorprende la mirada que no los busca y guarda para siempre la memoria. Asimismo Rouletabille conservó mucho tiempo en su oído el rumor del caño, que caía gota a gota sobre la piedra. ¡Y sólo estuvo un segundo cerca de allí. La gente no se movía. Un albanés salvaje, polvoriento, con esas trazas de vagabundo propias casi siempre de las personas de semejante raza cuando no tienen empleo regular, con el cinturón ocupado por extrañas armas, con la mirada viva y los brazos cruzados, como si esperara órdenes, estaba acechando, lo mismo que dos turcos, que llevaban esos vestidos de algodón rojo y amarillo, a que tan aficionados son en los Balkanes. Los tres llevaban sobre los hombros capotes de soldado búlgaro, con los cuales se habían envuelto para, disfrazados, penetrar hasta allí.

Lo más chocante era la tranquilidad de aquellos bandidos a pesar de que sabían que les buscaban los oficiales, cuyos pasos se oían arriba, por toda la casa. ¡Y habían encendido una lámpara, como si estuvieran en su propia casa! Uno de ellos fumaba. Rouletabille nunca había visto mejor el fatalismo musulmán, ese ponderado fatalismo, que en aquellos tres rostros tan serenos en un momento trágico.

Precisamente cuando el repórter, que apenas había detenido su impulso, iba a partir, se movió algo en la sombra. Y entonces vió Rouletabille sobre la losa de la

chimenea dos cuerpos tendidos que, prisioneros o agonizantes, habían dejado allí. Quizá eran los criados, que habían hecho frente, primero que nadie, a la intentona de los bandidos. El albanés enorme dirigió una patada hacia la chimenea. Hubo un gemido. Después todo volvió al silencio.

Rouletabille, ya en la escalera, no comprendía nada de lo que acababa de ver. Y en el pavimento de arriba continuaban resonando los pasos. Pero el repórter no conocía la casa. Y la obscuridad le coartaba. Hizo crujir un fósforo, vió un conmutador, le dió la vuelta, no consiguió la chispa eléctrica y se dió cuenta entonces de que los hilos estaban cortados.

—¡Como en el Konak!—no pudo menos de pensar Rouletabille, obsesionado aún con los recuerdos de Belgrado—. Como en el Konak, la noche en que asesinaron a la reina Draga y al rey Alejandro...

Y al llegar al rellano del primer piso sopló la cerilla luego de haberse orientado. Era preferible, por de pronto, la obscuridad. No sabía con quién iba a encontrarse. Si antes había querido luz, ahora le estorbaba porque, al fin y al cabo, no sabía a quién podía delatarle.

Penetró a tientas en el gran salón que conocía perfectamente por haber pasado allí la velada con Ivana. Al llegar a un balcón, levantó con ancha era una cortina. Y la claridad lunar, que él evasivamente invadió un gran rectángulo de la estancia, a la que él dio la vuelta con precaución.

De pronto tropezó y retrocedió con horror, como poco antes en el jardín. Había pisado otra vez un cuerpo blando. Se arrodilló con indecible angustia. Tiró del cuerpo hasta llevarlo al rectángulo de luz. Antes de llegar se dió cuenta de que tocaba ropas de hombre. Y sólo

eso le descargó del horrible pensamiento que le había asaltado. Por fin, la cabeza del muerto recibió la fría claridad nocturna. Y Rouletabille reconoció al oficial ayudante del general Vilitchkov, junto al cual había cenado aquella misma noche.

El tropel de pasos, que se había alejado como recorriendo las habitaciones, se acercaba otra vez.

Rouletabille sumióse en la obscuridad.

Y tres oficiales, sable en mano, aparecieron en la puerta que daba al rellano, en aquella misma puerta por donde acababa de pasar Rouletabille. Mientras tanto, por la puerta del fondo que daba a las habitaciones que le había hecho visitar Ivana, surgía otro oficial, también sable en mano, y en un estado de rabia y exaltación extraordinarias...

Dirigió a los otros palabras precipitadas, a las que respondieron con monosílabos y negaciones enérgicas.

Rouletabille, al ver a los oficiales, estuvo a punto de ceder a su primer impulso, que era el de acercarse a ellos para pedirles explicaciones. Pero la extraña actitud, el lenguaje descompuesto y el furor de aquellos hombres, así como el terrible talante del que parecía mandar a los demás, le dieron inmediatamente qué pensar.

Aquellos individuos tenían más aspecto de asesinos que de salvadores.

Bajó, y al ver los capotes, pensó que el albanés y los turcos se habían disfrazado de soldados. Y éstos, cuya facha no era más recomendable, bien habían podido disfrazarse de oficiales búlgaros. Así se explicaría la facilidad con que habían podido acercarse a los centinelas, acabar con ellos y entrar en la mansión del general Vilitchkov y de Ivana. ¿Qué objeto tenía aquella abo-

minable aventura?... Ya había tropezado el joven con dos cadáveres. ¿Y Vilitchkov e Ivana?

¿Eran ya víctimas de los miserables?

El repórter no tuvo ni tiempo de pensarlo ante el furor creciente y ostensible de los conjurados. Si hubiera podido dudar un instante de la verdadera personalidad de los oficiales que disputaban ante él abriendo puertas y agitando sus armas, no hubiese tardado en enterarse completamente por un nombre varias veces pronunciado y cuyas sílabas sonoras le habían quedado en el oído a raíz de su conversación con Ivana. «¡Stefo!... ¡Stefo, el dalmata!...» — dijo ella. Segundón de Gaulow...

Eran, pues, los de la banda de Gaulow los que estaban allí realizando una espantosa tarea, acabando la bárbara venganza comenzada diez años antes.

Y Rouletabille, aunque no podía comprender exactamente el sentido de las palabras de acerbo reproche que el supuesto jefe dirigía a Stefo, esperaba al menos aprehender el sentido... El nombre de Ivana acudió varias veces a la boca de aquel hombre de talante terrible, que estuvo un segundo a la luz de la luna, y que bien podría ser el mismo Gaulow.

Aquel hombre, evidentemente, se quejaba de que no hubieran dado con Ivana... Y los otros replicaban que la habían buscado por todas partes... Se deducía de sus gestos...

Ivana estaba escondida, y bien escondida, en aquella misteriosa casona que Rouletabille, pocas horas antes, había comparado con una caja de sorpresas. Estaba, sí, escondida, ¡viva! Al menos, así lo esperaba Rouletabille. ¿Para qué había Providencia? ¡Atención! Aquellos tipos habían acabado de disputar. Se consultaban. ¡Se orientaban para continuar sus pesquisas!

Señalaban puertas y pasillos; se distribuían la tarea; se repartían el camino a recorrer.

Y quizá ahora cayesen sobre Rouletabille, que no podía hacer nada... ¡nada!... más que esperar que se fuesen... o que le descubriesen... No estaba armado; no llevaba ni un cuchillo ni un revólver.

Los falsos oficiales, de pronto, hicieron salir rayos de luz de las lamparillas sordas de que iban provistos.

Y, en una mano la lámpara, en otra el sable, buscaban, buscaban. Alguno atravesaba con el sable las cortinas, como Hamlet, que con la punta del arma buscaba al pobre Polonio. Si tenían revólveres, al menos no los enseñaban. No había sido disparado ni un tiro. Aquella noche se asesinaba con arma blanca. Y Rouletabille estaba acurrucado en lo más oscuro, detrás de un butacón, un verdadero butacón de cuero como el que ocultó antaño a Ivana e Irene cuando asesinaban a su madre y a su vieja *gnia-gnia* en la cámara de las reliquias. ¡Aquello sí que era vivir el reportaje! Si Rouletabille tuviese alguna vez que contar un drama de Oriente, en el cual se asesinara a reyes y reinas, sabría perfectamente dar carácter y detalles a los personajes. Se acordaría del hocico tembloroso de Stefo, de las posturas escurridizas de los otros, que palpaban paredes y telas en busca de puertas secretas; y, sobre todo, de la cólera formidable de aquel Gaulow—porque así se llamaría—a quien escapaba la presa.

¡Ojalá escapara de veras! Rouletabille seguramente moriría si moría Ivana. Cuando menos, así lo pensaba, enamorado por primera vez. Y el primer amor, según se cree, llega hasta la muerte.

Por diferentes puertas desaparecieron los oficiales, deslizándose junto a Rouletabille sin verle porque esta-

ban convencidos de que aquella estancia, que habían registrado escrupulosamente, no contenía más que el cadáver, poco interesante, del ayudante del general Vitichkov.

Y ¿qué había sido del general?... Sin duda había muerto ya, puesto que no se hablaba de él. Ni habían pronunciado su nombre ni se habían preocupado de él en lo más mínimo. Ya le habían ajustado las cuentas.

¿Qué haría Rouletabille? ¿Ponerse en salvo para buscar auxilio? ¡Oh! ¿Y si aquellas aves de mal agüero habían levantado el vuelo cuando él volviese, quizá con el tiempo justo para coger en brazos el cadáver palpitante y caliente de Ivana?...

Entonces ¿qué?... ¿Abrir una ventana?... ¿Llamar?... Pero ¿le oirían?... Además, al segundo grito, los asesinos se le echarían encima... Y ¿cuántos serían?... ¿Ocho? ¿Diez?... ¡Oh, si al menos tuviera un revólver!... ¡Ivana! ¡Ivana! ¿Dónde estás?... No se le ocurría nada. El amor embotaba su mente. De no amar a Ivana, seguramente hubiera encontrado un medio de salvarla si aun era tiempo... Pero sólo sabía mascullar sordamente y tropezar de nuevo con el cadáver del oficial-ayudante... ¡Holal! El cadáver llevaba un sable... Rouletabille sacó por entero la hoja, que ya estaba medio salida de la vaina... Empuñando el arma, escuchó para percatarse de si habían sido oídos sus pasos. Y se deslizó a la habitación inmediata, pegado a la pared, palpando los muebles, procurando hacerse lo más pequeño posible, suspirando muy quedo: «¡Ivana!... ¡Ivana!...» Evidentemente el joven amaba hasta la muerte, ya que no sabía más que morir por aquella a quien amaba... Sí; ir a morir con ella es todo cuanto podía hacer... Y con voz muy sorda decía: «¡Ivana!... ¿Está usted ahí?... ¡Contésteme!... Se hallan

lejos... Soy yo. ¡Rouletabille!...» De pronto—¡ay!—hizo caer una silla, que produjo bastante estrépito... Al punto hubo ruido de pasos en el cuarto contiguo... Y los pasos, apresurados, volvían... Rouletabille se aplastó contra la pared, amparándose en la sombra de una cortina que apenas le cubría, mirando con ojos muy abiertos hacia la puerta iluminada por la luna, hacia aquella puerta que iba a abrirse para dejar paso al pelotón de criminales.

He aquí a Stefo, a otro, a otro más, desencajados y sangrientos. Pasaron como diablos de pesadilla. Y cuando atravesaron el local, se presentó tras ellos una figura blanca que se deslizaba vacilante, pegada a las paredes. ¡Ivana! Era Ivana, con su vestido de recepción, ahora desgarrado, cuyos harapos se arrastraban por el suelo como alas cansadas incapaces de elevar un cuerpo que muere; era Ivana, cuya garganta herida dejaba oír un sollozo de espanto, y cuyos cabellos despeinados le colgaban por la espalda como largas serpientes negras.

Rouletabille la llamó por su nombre, se lanzó hacia ella y la recibió en sus brazos, cuando iba a desplomarse en una alfombra. Estrechó contra su joven y ardiente pecho aquel peso tan querido. ¡Oh, él arrancaría aquella presa a los bandidos! Tenía una fe sobrehumana en su fuerza y en su suerte.

Pero ella, con su voz trémula, le hizo descender a la horrible realidad:

—¡Ya están ahí!... ¡Gaulow!... ¡Oigo los pasos de Gaulow!...

Y era verdad que por la derecha, por la izquierda, por todas partes, se acercaban pasos. Sonaban voces llamándose, interpeándose.

Ivana señaló un rincón de las paredes.

—¡Ahí! ¡Ahí!

¿Qué quería decir?

Ivana, en aquel instante supremo, recobró fuerzas para levantar un tapiz que cubría el muro, escondiendo una doble puerta disimulada, destinada a poner en comunicación aquella estancia con un estrecho guardarropía. Ivana hizo correr la doble puerta y se precipitaron a aquel refugio, pero no con bastante rapidez para evitar que les viera un nuevo personaje que acababa de irrumpir en el salón y que saltó hacia ellos... Llegó en el tiempo preciso para bajar el tapiz sobre la doble puerta ya cerrada.

Ivana y Rouletabille reconocieron al pastor Velio, también perseguido, también acosado, pero que antes de morir había tenido tiempo de hacer el gesto que quizá salvara a su joven ama.

Mas ya los asesinos estaban sobre él.

Ivana y Rouletabille, desde el fondo del ropero, oían sus vociferaciones, sus amonestaciones, sus amenazas y sus promesas.

Arrastraban a Velio, intimidándole, bajo pena de muerte, a que les dijera dónde estaba su ama, a que les descubriera el misterioso escondrijo en que hubiera podido refugiarse en aquella casa, que tan perfectamente conocía él.

Pero Velio alegaba ignorancia. Oíanse sus desesperadas negativas... Y la banda pasó empujando al desgraciado más lejos, arrastrándole entre gestos que preludaban el asesinato.

Mientras tanto, los dos jóvenes, en el fondo del armario, se estrechaban las manos en la esperanza de que estaban salvados. No osaban respirar: escuchaban. ¡Ah! Cuando Rouletabille, poco antes, atravesó Belgrado y visitó las fatales habitaciones de Konak, no pensaba en

volver a ver tan pronto semejantes horrores ni en revivir —para morir quizá a consecuencia de ello— la noche de Alejandro y de Draga en el fondo del armario.

Así, apretados, habrían estado los dos amantes reales en la obscuridad de su escondite, tras las cortinas, mientras oían «trabajar» a sus enemigos, mientras arrastraban de cuarto en cuarto a Lázaro Petrovitch, como éstos arrastraban a Velio para que descubriese el refugio de su ama.

Pero, así como Lázaro Petrovitch había hablado, Velio calló heroicamente, como un buen pastor dedicado a la custodia de sus amos, como un perro fiel.

¡Oh, aquellos ruidos de botas y sables sobre el pavimento!... ¿Cuándo cesarían?...

La aurora, al ahuyentar aquella siniestra noche, ¿no ahuyentaría también a los bandidos?

Cuando se aproximaban, ¡cómo se estrechaban locamente en el fondo de su cobijo los dos jóvenes!...

¿Qué podría hacer Rouletabille ante aquellos verdugos? ¡Ocultarla con su cuerpo! ¡Morir con ella! ¿No era eso lo que anhelaba poco antes? ¡Sus votos habían sido oídos!

Tenía abrazada a Ivana. Sobre el hombro masculino se apoyaba pesadamente la cabeza de ella. ¡Y Rouletabille sentía correr por sus manos la sangre de la garganta!

¿Gracias a qué milagro había podido librarse la joven de semejante golpe de mano? Puesto que el cielo había permitido aquel milagro, ¿cómo no esperar que la Providencia fuera hasta el fin del milagro retirándola del torbellino de aquella aventura de venganza y de sangre?

¡Más gritos!... ¡Y qué cercanos, qué cercanos!... «¡Gaulow!» La voz de Ivana parecía la de un moribundo al pronunciar el nombre detestado.

Dieron puñetazos en las paredes. Tanteaban...

Si acaso los puños, golpeando sobre el tapiz, llegasen a la doble puerta de madera, ¡pobre pareja! Morirían los dos.

La puerta se abriría como la que se abrió ante Draga y Alejandro, y morirían ellos como murieron el rey, la reina, sus dos hermanos, Nicolás y Nicodemo, el fiero Lázaro Petrovitch, el bravo Naumovitch, Gakovitch y tantos otros, muertos en las rojas noches del Oriente sanguinolento.

Estrépito de muebles removidos y cajas arrastradas... De nuevo daba órdenes la voz de Gaulow... Y la voz agonizante de Ivana musitó al oído de Rouletabille:

—Ya han acabado de asesinar; ahora roban.

Los miserables, en efecto, andaban a la búsqueda de todos los objetos de valor. Despojaban las paredes y vaciaban los cajones... Gaulow era, decididamente, un bandolero.

Pero no habían acabado de asesinar, no. Y la prueba es que volvió Velio.

Aún no había muerto...

Arrastrado de la bodega al granero, volvía ahora a esta habitación. Lo echaron contra el tabique.

Arrodillado, pidió clemencia, compasión...

Juró que no había visto a su ama..., que no sabía nada..., que desconocía aquella casa..., que era recién llegado del campo...

¡Suplicó que le dejaran su vida!

Los otros le concedieron cinco minutos para decirse.

Pero no habló, no. Hizo grandes señales de la cruz, según el rito ortodoxo. Y de pronto lanzó un horrible grito al recibir en el pecho un sablazo.

Oyóse su estertor; oyóse que se arrastraba. ¡Y también fueron oídos los puntazos con que le acribillaban y le clavaban al suelo!

Rouletabille hubiera querido precipitarse horadando las paredes; su juventud sentía repugnancia ante aquella pasividad a dos pasos de un criado que moría asesinado por Ivana y, al fin de cuentas, por él.

Ivana, al notar que iba a lanzarse, le detuvo con un fuerte abrazo.

Le estrechaba sobre su corazón, sobre su pecho palpitante... Y para poder con él, para salvarle de los asesinos, le dió con labios ardientes y febriles, entre sangre y largos cabellos húmedos, el primer beso de amor; beso desbordante de desesperación y salvaje ternura, de extraña y casta voluptuosidad a causa de la muerte, que les atisbaba...

Cuando pudieron respirar y sus brazos se aflojaron, la obscuridad que reinaba en torno de ellos y toda la casa guardaban un profundo silencio. Parecía un silencio impuesto por el beso... Y parecía también que el beso había hecho huir a la horda.

Al principio no podían creer en su felicidad.

Durante unos minutos eternos, escucharon inmóviles.

Luego, Rouletabille, a pesar de que ella aún le tenía cogido, hizo correr la puerta, levantó el tapiz y miró...

La aurora, una lívida y vergonzosa aurora, iluminaba el repugnante espectáculo. Acá, el cuerpo del oficial ayudante, de bruceas, arrollado en un rincón... Allá, el cadáver de Velio... Sangre por doquiera... Desorden espantoso, muebles derribados... Las cortinas de los balcones, arrancadas; éstos, abiertos; los vidrios, rotos... Muerte... Silencio... ¡Silencio sobre todo! El repórter aventuró algunos pasos por aquel trágico dominio... Ivana le siguió.

30443

pálida como un espectro, como la imagen de la Muerte. Se detuvieron... Escucharon... Avizoraron... Sí... Los miserables, convencidos de que no quedaba persona a quien matar ni nada que robar, habían abandonado el campo de sus hazañas.

—¡Vamos a ver al general!—murmuró Ivana.

Rouletabille se volvió y cogió a Ivana en brazos. Ya no le quedaban fuerzas ni quizá sangre... El joven creyó que la pobre iba a morir... Pero ella volvió a abrir los ojos y repitió:

—A ver al general...

Y con su mano desfalleciente le indicaba el camino que llevaba a la cámara de las reliquias...

—Me ha avisado la voz de mi tío—explicó Ivana—. Pero ha lanzado tal grito que debe estar muerto. Vamos a ver...

Y en el silencio sepulcral se oía un gemido con más claridad según se acercaban a la cámara de las reliquias... Era un llamamiento débil, muy débil, quedo, apagado, pero repetido incansablemente y con un tinte lúgubre... ¡Oh, el emocionante matiz de aquella voz que se agotaba!

Por fin llegó Rouletabille a la puerta llevando consigo a Ivana, la cual había levantado la pálida cabeza, cuyos ojos, bajo los párpados pesados, encontraron un nuevo fulgor gracias al espanto que le produjo oír aquellos sonidos siniestros.

Reconoció la voz. ¡Era la del general!

—¡Cuidado! Hay que bajar dos escalones.

Una vez empujada la puerta, se encontraron en la cámara de las reliquias, donde llamaba la voz lúgubre.

—¡Tío! ¡Tío!—exclamó Ivana—. ¡Somos nosotros!... ¡Se han ido! ¡Estamos salvados!...

Soltóse de los brazos de Rouletabille y quiso dar un paso, pero vaciló y cayó, dando un gemido tan débil que verdaderamente causaba lástima.

Y la voz lúgubre, desde el fondo de la sombra de aquella habitación, no cesaba en su espantoso llamamiento de agonía.

Rouletabille se acercó a un balcón y levantó una cortina.

La aurora entró por allí.

Y el joven no reconoció aquella cámara. Las manos cercenadas habían desaparecido. ¡Gaulow se había llevado hasta aquellas manos de asesinado! Le pertenecían, formaban parte del botín de su venganza. ¡Cuánto desastre! Las paredes habían sido despojadas de sus cuadros, de sus iconos, de sus imágenes, algunas de las cuales habían sido fragmentadas con ensañamiento.

Y en medio de todo aquello, el cuerpo del general Vitchkov no era más que una espumadera cuyos múltiples agujeros dejaran pasar chorritos de sangre. ¿Cómo, acribillado de tal manera, seguía viviendo el general? ¡Sus dedos colgaban de unos muñones!

¡Qué aficionada es la gente oriental a cortar los dedos! Les gusta, sí, matar a conciencia, pero no se olvidan de mutilar. En eso se reconoce a los verdaderos asesinos de Oriente (1).

Rouletabille levantó la cabeza del general, cuyos ojos le miraban muy extrañamente, mientras su boca no cesaba en el lúgubre llamamiento.

¡Oh, qué extraordinario!... El general no se quejaba... No eran, no, quejas lo que salía de los labios exangües...

(1) Posteriormente les han imitado a la perfección ciertos asesinos occidentales.

Eran unas palabras, siempre las mismas, siempre repetidas, que—Rouletabille lo adivinó—constituían una advertencia que era necesario comprender: algo así como el anuncio de una gran desgracia que el general quisiera dar a conocer antes de morir...

Vilitchkov estaba en una singular postura: tendido cuan largo era, sus brazos y sus manos, de dedos colgantes y sanguinolentos, abrazaban locamente el silloncito de madera en forma de tijera—lo que en Occidente se llama un sillón a la Dagobert—, sobre el cual se hallaba aquella misma noche la arquilla de pinturas bizantinas claveteada de cobre, el mueblecito de las reliquias, de las joyas, de la ropa, que recordaban los asesinatos de Stambulov y los Vilitchkov. Pero la arqueta había desaparecido.

El general explicaba, por lo visto, cosas inauditas, ya que Ivana, ayudándose de los codos y de las rodillas, atravesando un charco de sangre, se arrastró hasta su tío y Rouletabille y pronunció a su vez unas sílabas insensatas avivando al general con una mirada más espantosa—si posible fuera—que la que dirigió a Rouletabille cuando el joven la encontró perseguida por la muerte... Y el general, con sus brazos desfallecientes mutilados, continuaba apretando el sillón a la Dagobert.

Inútil fué que Rouletabille dijera palabras en francés... El general seguramente se acordó de que sabía hablar esa lengua... Pero parecía no querer hablar más que para su sobrina Ivana, la cual dejó caer la cabeza de su tío y se irguió como si estuviera llena de una vida y de una fuerza nuevas.

El gemido del general no cesó. Antes al contrario, otro gemido unióse al suyo... Y aquel gemido, también desesperado, salía de la boca de Ivana con las mismas

palabras, repetidas sin cesar, que no comprendía Rouletabille.

Este hubiera querido correr tras de Ivana viendo que se salvaba, con la misma estupefacción con que, quien da calor entre sus manos a un pájaro casi muerto, ve que, de pronto, echa a volar.

Pero el general lanzó un suspiro tan terrible al mismo tiempo que miraba fijamente a Rouletabille, que el repórter no pudo menos de acercarse a aquellos ojos que le hipnotizaban, a aquella boca que parecía querer pronunciar una frase suprema...

Y aquella frase, pronunciada junto con un suspiro, la recogió Rouletabille con tan prodigioso asombro y con tanta estupefacción, que su expresión facial hubiera hecho sonreír si tras la frase en cuestión no hubiese tanta sangre y tanto cadáver...

Rouletabille retrocedió al oír aquellas palabras de locura. El general deliraba, sus labios temblaban. Después, el último suspiro... ¡Había muerto el general!

La carrera emprendida mientras tanto por la pobre Ivana, no había sido larga... La joven, al salir de aquel cuarto, rodó por los dos escalones y no se pudo levantar...

Entonces agarró con sus brazos temblorosos la cabeza de Rouletabille, que se inclinaba sobre ella, y le dijo precipitadamente al oído:

—Gaulow ha robado el cofrecillo bizantino...

—¿El cofrecillo bizantino?—repitió, pasmado, el pobre repórter.

Y la joven, comoquiera que Rouletabille parecía ocuparse sólo de ella, pero no de lo que ella decía, insistió:

—¿No me oyes?... ¿No me oyes?... ¡Gaulow ha robado el cofrecillo bizantino!...

Y nuevamente se puso a gemir palabras incomprensibles, mientras se retorció las manos...

Aquella desesperación, aquel delirio hicieron sollozar a Rouletabille, que se precipitó sobre la querida cabeza, la atrajo hacia sí con sus brazos desfallecientes y se inclinó sobre aquellos labios agitados por un temblor convulsivo, sobre aquellos labios que, ahora en francés, repetían:

—Los documentos... Los documentos...

—¿Qué documentos?... ¡Habla, Ivana!...

—Han desaparecido los documentos...

—¿Cuáles?

—A nadie... No hay que decirlo a nadie...

—¡Bueno!... A nadie... Pero habla pronto...

—El cofrecillo bizantino...

—¿Qué?

Entonces, Ivana, entre espasmos, pudo articular:

—*En el cofrecillo bizantino había un cajón secreto... Y en ese cajón había guardado el general todos los planos secretos de movilización.*

—¿Qué dices?—exclamó Rouletabille.

Pero Ivana no necesitó repetirlo. Sobradamente lo había oído y comprendido Rouletabille...

—A nadie...—volvió a suspirar Ivana—. No hay que decirlo a nadie... *excepto al general Stanislawof.*

E incorporándose sobre un codo gracias a una reunión de las poquísimas fuerzas que le quedaban, dijo:

—¡Corre a ver al zar!... ¡Correl!...

El general Stanislawof, en efecto, estaba instalado en Palacio... Rouletabille se levantó.

CAPÍTULO IV

«¡DEMASIADO TARDE!»

IVANA le ordenaba que se fuera. Y él, por el gesto, comprendió que nunca le perdonaría que se quedara un momento más junto a ella.

Además, necesitaba buscar auxilio fuera. Y el Palacio real estaba cerca.

Tendió a Ivana en un sofá, examinó su herida, vió que solamente era superficial, aunque había derramado mucha sangre; concibió por ello grandes esperanzas y descendió corriendo.

Cerca de la verja del parque tuvo que saltar por encima del cadáver del primer centinela, con el cual había tropezado ya al echarse por la ventana al principio de aquel espantoso drama. Detrás de la verja estaba el cadáver de otro soldado.

Llegó a la calle, absolutamente desierta todavía.

Se dirigió a la izquierda, tomó impulso y no se detuvo hasta llegar frente a la verja del parque real. Una vez allí, habló con el centinela por gestos, ya que de otra manera no podía hacerse entender.

Acudió un suboficial.